Fuera de VALIJA

nº 137 - 31 Julio 1948

SE FUE DON ADOLFO

Se fué don Adolfo. Se fué sin decirnos adiós. ¡Qué lástima! ¡Con las cosas que le hubiéramos dicho! Unas para él. Otras para Franco. Ya que hacia el viaje, por lo menos que no lo hubiera hecho en balde. Aunque, no. Seguramente no lo ha hecho en balde. O de balde. O con baldón. Bueno. Váyale usted ahora con juegos de palabras a don Adolfo. En estos momentos irá él tan campante por la calle de Alcalá. "¡Que suerte tienen los pillos!", exclamaría uno, si se le permitiera la confianza. Tan campante, digo, por la calle de Alcalá. En busca, sin duda, del habilitado. ¡Respetable caballero, el habilitado! ¡Nobilísima institución! El habilitado paga. Luego, el habilitado es el símbolo de la patria. Hay quien dice que si la patria es consubstancial con esto o con lo otro. Que no nos vengan con cuentos. La patria es consubstancial con el habilitado. ¿No es eso, don Adolfo? Hay quien añora la patria. Y hay quien añora al habilitado. Es lo mismo. El habilitado paga. Tantos meses a tanto, tanto. Más treinta dineros. Ciertos pagos no se explican sin adehala. Una buena propina es el estrambote lógico de un buen viaje. ¡Animo, y a sceptarla! Tripas llevan piernas. Sí, señor. Aunque se viaje en avión. Pues también tripas llevan alas. Si no, no volarían los pájaros. ¡Y qué pájaro!

Decía, pues, que don Adolfo irá a estas horas por la calle de Alcalá en busca del habilitado. Estos días de julio son muy calurosos en Madrid. Por la calle de Alcalá cae, a la hora en que pasea por ella don Adolfo, un sol de plomo. Pasa la gente muy acalorada por el lado de don Adolfo. El, tan fresco. Encuentra a un antiguo conocido. El antiguo conocido, al verlo, se pone colorado. "Debe ser el calor", piensa don Adolfo. No, no; no es el calor. En este caso, no es el calor.

Es que hay quien se ruboriza por otros. Esto no todos lo comprenden. Pero es así. ¡Adelante, don Adolfo! No hay que darle gran importancia a ese color que la vergüenza saca al rostro. Para eso, hay que tener rostro. Y vergüenza. Cosas ambas no siempre fáciles de tener. Y hasta incompatibles, a veces, con el habilitado. ¡Gran personaje, el habilitado! Ahora, desde que Franco es generalísimo, seguramente el habilitado será habilitadísimo. Habilitadísimo general de los treinta dineros. ¡Estupendo —se me había ido la pluma, y había escrito: estipendio—; estupendo título de nobleza! De esa nobleza que crea Franco, sacándosela de las narices, y a la cual nobleza puede ya aspirar don Adolfo. Hay, por cierto, un título que le vendría muy bien a don Adolfo. En realidad, más que título, es epíteto. No será menester escribirlo. El ya se lo figura. La verdad es que le sentaría muy bien. Como hecho a medida.

Mas sigamos con don Adolfo por la madrileña calle de Alcalá. "¡Lo que estarán diciendo de mí, en México, los refugiados!", piensa por un momento don Adolfo. Acertó don Adolfo. En efecto, en México están diciendo los refugiados, todos los refugiados sin excepción, las cosas que don Adolfo piensa. Y otras cosas también. ¿Le zumban los oídos? Sí; a don Adolfo le zumban los oídos. En verdad que hay motivo para que le zumben. ¡Zurrún, zurrún, zurrún! También se le cae algo al suelo a don Adolfo: un periódico, el pañuelo, algo, en fin. Don Adolfo supone: "Alguien está pensando en mí". Alguien, en efecto, está mentando en ese momento a don Adolfo. Es una telepatía que no falla. Un telegrafía sin hilos que no tolera interferencias. Telegrafía o telefonía sin hilos. O mejor dicho, telefonía. Esa es la palabra: telefonía. Telefonía sin hilos, si se quiere. Cuando le zumban los oídos a don Adolfo, eso es consecuencia de la telefonía. ¿Qué cree don Adolfo que están diciendo de él en México? Don Adolfo no se hace muchas ilusiones. Acepta, resignado, que, en México, están diciendo de él esto y lo otro y lo de más allá. Acierta don Adolfo. Pero se queda corto. Le están diciendo eso que piensa y mucho más. Cuando se le cae algo de las manos a don Adolfo, eso es consecuencia asimismo de la telefonía. ¿Qué cree don Adolfo que le están mentando? Lo que sea. Pues acierta don Adolfo. Y se queda, también, corto. La telefonía sin hilos no engaña, pues, a don Adolfo.

Cierto que hay quien dice que si Gallostra. Pero el derramar un poquito de gloria sobre el compañero de carrera, no quita nada al mérito propio. Cuando se hace lo que ha hecho don Adolfo, no hay Gallostra que valga. Aunque no lo gallostrizan así como así. Para eso hace falta poseer condiciones, tener, como se dice, pasta de gallostrizado, cualidad anterior siempre a la gallostrización. Tampoco falta quien diga que sí en casa, a todas horas, dale que le das, y ya se sabe lo que eso influye en el ánimo de un marido. Bueno. Permítaseme, sin embargo, recordar una anécdota: se hablaba de cierto político que había cambiado varias veces de casaca, y ninguna desinteresadamente:

—El pobre tiene muchos hijos —trataba de justificar un amigo.

—Sí, tiene muchos hijos —asintió otro—; pero de soltero era ya sinvergüenza.

Ahí termina la anécdota.

Dejemos, pues, a un lado lo doméstico. Tomemos al sujeto en estado de mocedad. Desgallostrizado y célibe. Así hay que tomarlo. El resultado es el mismo. Idéntica la telefonía. Hay, por lo tanto, motivo para que le zumben los oídos a don Adolfo cuando va tan campante por la calle de Alcalá.

El viaje de don Adolfo —digámoslo para su satisfacción— ha sido sensacional. Los periódicos se han ocupado de él, aquí y allá. En casos así, para un diplomático tal vez hubiera sido preferible la diplomacia secreta. La alevosía requiere sigilo. Diplomacia con suelas de goma y linterna sorda. Pero, al fin, don Adolfo ha tenido, en Madrid, que romper el silencio, ha tenido que hablar y hacer declaraciones a los curinches franquistas. "Siempre he sentido yo gran admiración por el general Franco", ha manifestado don Adolfo. Cada cual admira lo que puede. Claro que, si digno de admiración en el general Franco no menos digno de admiración es el propio don Adolfo. La viveza llevada a ciertos extremos puede despertar la admiración de algunos. Nunca faltan admiradores cuando revienta un adefesio. ¿Cree don Adolfo que, con todo, no habrá quien le admire? En México mismo, desde lo alto de unas tremendas pirámides de abarrotes —con los precios subidos, por cierto— cuarenta siglos de patriotismo franquista lo admiran: "¡Que tío! —exclamarán, boquiabiertos, algunos invitados a suscribir el empréstito en dólares lanzado recientemente por Franco para armarnos (¡vano intento!) con la plata de las H. Colonias—. ¡Qué tío! ¡Lo que debe valer, cuando tanto interés ha tenido Franco en llevárselo!" Valer, valer, sí que vale don Adolfo. Aunque quien mejor ha de saber ahora lo que vale es el habilitado. En cualquier caso, la admiración abarroteril demostrará fielmente a don Adolfo que ya no es él un ladrón ni un asesino, como lo era, sin duda, para sus admiradores actuales, cuando hacía aquí de rojo. Todos los rojos refugiados somos, según se sabe, ladrones y asesinos. Todos, reos de delitos comunes. Unos nos dedicábamos en España a robar cajas registradoras y abrir con ganzúa arcas de caudales, otros —¡los pobres!— a violar monjas, otros a perpetrar infanticidios y sacrilegios, etc. También había algunos que eran hasta masones. ¡Un horror! Don Adolfo debió de pertenecer seguramente a alguna de esas especies de malhechores cuando cobraba de la República. Ahora, no. Ahora es, con absoluta seguridad, un caballero, un verdadero hombre de pro, noble, leal, digno, hidalgo. Por eso ha sido recibido en España, con los brazos abiertos, por el generalísimo. Y por el habilitado. El habilitadísimo, como hemos quedado en llamarle. ¡Qué diferencia entre el correctísimo don Adolfo y las personas poco distinguidas, los delincuentes comunes que nos hemos dedicado siempre a robar copones y a asesinar a obispos y barqueros, y que por eso mismo estamos en el destierro! En adelante, ya no podrá haber confusión posible entre el honorable don Adolfo y los forajidos rojos. El Imperio ha hecho una buena, una magnífica, una pintoresca adquisición con la de este nobilísimo y dignísimo don Adolfo, espejo y símbolo de todas las virtudes caballerescas. Ahora, cuando Franco necesite un diplomático leal, serio, decente, digno, seguro, incorruptible, insobornable, para un cargo de confianza, ya sabe a quién puede nombrar: a don Adolfo. Don Adolfo, ya se ha visto, es todo un caballero. De tal suerte, que la mayor que puede tener uno es no serlo.

EL VALIJERO

Tintegérrimo,

A.P.C.E.
SIG.: 1.29/1321